

la política de una nación hacia otra o hacia un grupo de naciones. Este esquema de referencia subyace muchos de los primeros trabajos en el campo de las relaciones de Estados Unidos y México. Trabajos ilustrativos de tal concepción son los de Frederick Starr, Ramón Prida, James M. Callahan, Charles W. Hackett, Luis M. Rojas y Juan B. Didapp. Uno de los aspectos más alentadores del libro que estamos considerando es que Berta Ulloa concibe la historia diplomática más ampliamente. Se interesa, entre otras cosas, en la interacción de la política exterior de dos naciones; se percató del todo de que ni el Departamento de Estado en Washington ni la Secretaría de Relaciones Exteriores en la ciudad de México podían diagramar un curso fijo del cual no se desviarían. Ambos estaban obligados a reaccionar a las exigencias planteadas por las deliberaciones y la formulación política del otro. Y solamente porque la autora trabajó en los archivos de los dos participantes, pudo documentar con tanta maestría los ataques y los contraataques del juego diplomático.

En suma, *La Revolución intervenida* es un estudio valioso. Los estudiantes e investigadores del período revolucionario inicial, desejarán tenerlo a la mano.

Michael C. MEYER

Universidad de Nebraska

ULLOA, Berta, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)*. México, El Colegio de México, 1971.

Dentro del campo de la historia política nacional, las relaciones diplomáticas de México con el exterior han constituido un tema relativamente favorecido por la atención de los investigadores.¹ La diplomacia de la revolución, que dio origen a algunas de las manifestaciones más positivas del nacionalismo mexicano, constituye quizá uno de los capítulos en que la producción histórica ha sido más numerosa. Es precisamente por ello que para hacer nuevas

¹ Véase, por ejemplo, Daniel Cosío Villegas, *Cuestiones internacionales de México. Una bibliografía*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1966.

aportaciones al estudio de este tema se requiere un esfuerzo comparativamente mayor al que demandaría al análisis de otros fenómenos históricos con menor tradición. No hay duda de que la obra de Berta Ulloa representa justamente un ejemplo de este tipo de esfuerzo de investigación y su consulta será indispensable para aquellas personas —particularmente especialistas— interesadas en conocer a fondo la naturaleza y pormenores de las relaciones entre México y los Estados Unidos, desde finales del porfiriato hasta la caída del gobierno de Victoriano Huerta.

El libro de la señorita Ulloa es parte de los trabajos emprendidos por los participantes en el seminario de Historia Contemporánea de México, creado en El Colegio de México y dirigido por Daniel Cosío Villegas, y del que se espera aún la publicación de nuevas investigaciones. Como todos los trabajos anteriores de este seminario, la investigación de la señorita Ulloa está apoyada en una extraordinaria cantidad de fuentes primarias de origen mexicano, norteamericano y español; se trata de documentos provenientes de los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, de los departamentos de Estado y de la Marina norteamericanos de la correspondencia diplomática Hispano-Mexicana, y de ocho colecciones de documentos personales que se encuentran en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y de la Universidad de Texas.

El contenido de la obra se encuentra dividido en ocho partes. En la primera se examina el impacto del rompimiento del *statu quo* en México sobre los intereses extranjeros en el país y los problemas creados por la presencia de grupos antiporfiristas en la zona fronteriza. Las fricciones iniciales fueron producto de las demandas del gobierno porfirista ante el gobierno norteamericano para que reprimiera las operaciones de dichos grupos. La imposibilidad de este último para satisfacer totalmente esa demanda, se explica tanto por la protección que las leyes de neutralidad daban a las actividades rebeldes, como por la actitud de simpatía hacia las fuerzas antiporfiristas mostradas por la numerosa colonia mexicana radicada en la zona fronteriza. Las fricciones se debieron también a la intranquilidad de Washington ante los efectos de las acciones de armas en las poblaciones fronterizas, pero sobre todo por las perspectivas de que los trastornos en la vida política mexicana llegaran a afectar los numerosos intereses de los inversionistas extranjeros en el país. Contaron también en ese sentido las consi-

guientes amenazas de intervención del gobierno de Taft para restaurar un orden que Díaz no estaba ya en posibilidad de mantener.

La relación de Madero con Washington y con el embajador de Taft en México, Henry Lane Wilson, que hasta cierto punto siguió una política independiente de la sugerida por sus instrucciones, constituye el tema de la segunda parte. Aquí el centro de interés son de nuevo los problemas fronterizos, pero sobre todo las fricciones originadas por las demandas norteamericanas de protección para las propiedades y vidas de la colonia extranjera en México, así como el papel destacado del embajador norteamericano en la tirantez entre el gobierno de Washington y Madero—con las consiguientes posibilidades de intervención armada— y en la caída de éste.

En el tercer capítulo, la autora aborda el examen del impacto real de la lucha armada sobre los intereses norteamericanos a todo lo largo de la república (para ello se basa sobre todo en los informes consulares). Se trata también el problema del no reconocimiento del régimen de Huerta en las postrimerías del gobierno de Taft—decisión que se tomó simplemente para presionar a Huerta a dar una solución favorable a algunos problemas secundarios pendientes— y la decisión del nuevo presidente norteamericano, Woodrow Wilson, de no proceder al reconocimiento, antes de reexaminar completamente la política norteamericana hacia México. En la siguiente sección se analiza la formulación de la política de Wilson que culminó con su decisión de no reconocer a Huerta e impedir la consolidación de su poder. Destacan en esta sección los esfuerzos de la embajada norteamericana—y de ciertos inversionistas con intereses en México— por influir en Wilson para que éste tomara una decisión favorable al régimen huertista, similar a la adoptada por Europa. Son igualmente examinadas aquí las actitudes contrarias al huertismo de los enviados especiales del presidente Wilson, los señores William B. Hale y John Lind, así como las actividades de los enviados huertistas y constitucionalistas en Washington, las demandas de Wilson para que Huerta abandonara el poder de inmediato y el choque de Washington con Londres cuando White Hall pretendió seguir una política independiente de la norteamericana en México en ese momento.

En el capítulo quinto, el interés se centra en torno al endurecimiento de la política de Wilson a medida que Huerta va rechazando uno a uno—confiado en parte en el apoyo europeo—

los *ultima* de aquél para que aceptara transmitir el poder a una persona o grupo que preparara el terreno para nuevas elecciones presidenciales, y que necesariamente debía alejar del poder a los elementos comprometidos en el golpe de estado contra Madero. La negativa de Huerta lleva a Wilson a formular una política que comprende un bloqueo económico, cierto apoyo a los constitucionalistas y, eventualmente, un tipo de intervención armada.

El capítulo sexto está dedicado a un examen detallado de los eventos que culminaron en esta intervención: la toma de Veracruz, cuyo origen inmediato fue el incidente entre marinos norteamericanos y elementos huertistas en Tampico, pero cuyo fondo verdadero fue el deseo de Wilson de poner en crisis al gobierno huertista a través de una demostración de fuerza. Esta interesante sección concluye con un examen de la reacción negativa de Carranza ante la decisión de Wilson de ocupar Veracruz.

El capítulo séptimo está dedicado a examinar con gran detalle la actividad mediadora de Argentina, Brasil y Chile en el conflicto entre Estados Unidos y México. La atención se centra en las negociaciones entre los mediadores por una parte, y los enviados de Carranza y Huerta en Estados Unidos, por la otra; negociaciones que concluyen con la aceptación de Huerta del envío de representantes de las conferencias de paz en Canadá y la negativa carrancista a hacer otro tanto. Este capítulo también examina las nuevas maniobras norteamericanas para obtener un compromiso por parte de Huerta y su grupo para dejar el poder, requisito *sine qua non* para el retiro de las tropas norteamericanas y la normalización de las relaciones entre México y Estados Unidos.

El capítulo octavo —el último y más extenso de la obra— está dedicado a examinar el desarrollo del ABC en Niagara Falls entre los delegados huertistas y los norteamericanos y sus relaciones con los enviados de Carranza, que sin participar directamente en las pláticas, lograron hacer saber a los mediadores sus posiciones. El problema central de estas conferencias no fue ya la renuncia de Huerta, sino la forma que ésta tomaría; los huertistas deseaban que Wilson aceptara un compromiso tal, que les permitiera salvar algo frente al desastre que se avecinaba; el triunfo constitucionalista. Wilson, por su parte, pretendía lo contrario: reducir al mínimo el campo de maniobra huertista para dejar el poder en manos de las fuerzas reformadoras, es decir, de aquellas comprometidas a efectuar una reforma agraria sustantiva. Carranza a su vez, pre-

tendía, y logró, beneficiarse de la presión norteamericana sobre Huerta, pero sin identificarse él con la política de Wilson, evitando así enajenarse al poderoso sentimiento nacionalista que la lucha revolucionaria estaba haciendo surgir en México. La obra concluye con la caída de Huerta y el triunfo de las fuerzas constitucionalistas, dejando pendiente el arreglo para la evacuación de Veracruz.

En general el análisis de la autora es prolijo y deja pocos cabos sueltos. Sin embargo, hay algunos momentos —pocos en verdad— en los que el lector desearía que la investigación hubiera calado más hondo. Tal es el caso por ejemplo, de los motivos que llevaron a Wilson a favorecer el establecimiento en México de un gobierno comprometido con ciertas reformas estructurales, siendo la principal de ellas una reforma agraria. De la investigación de la señorita Ulloa se desprende que esta política —que negó a Huerta el apoyo que Taft estaba a punto de concederle, y que era aprobado por los diplomáticos de carrera, los países europeos y los propios inversionistas— tuvo su origen fundamentalmente en la actitud moralista y el sentido de misión que Wilson decidió imprimir a su política exterior (pp. 101-104). Sin embargo, esta explicación parece insuficiente. Una seria reforma agraria en México significaría poner fin a una de las instituciones económicas más poderosas heredadas de la Colonia, que a principios del siglo xx ejercía aún una influencia determinante en todos los órdenes de la vida económica, social y política del país. Aparentemente, Wilson comprendió este hecho y consideró que había una relación causal entre el latifundismo y el malestar social crónico que México había experimentado desde la independencia. Para Wilson, antiguo profesor universitario de ciencia política, la única manera de crear un sistema político estable en México —que era lo que más interesaba a Estados Unidos— era la transformación de las grandes masas rurales desposeídas en pequeños propietarios. La excesiva concentración de la riqueza y el poder político en manos de los terratenientes no constituían una base social idónea para que floreciera la democracia liberal, único sistema capaz de garantizar —según Wilson y muchos otros de sus contemporáneos— una estabilidad política al sur del río Bravo. Una de las tesis fundamentales de la obra que se reseña es que la política del presidente Wilson, a pesar de representar una actitud contraria a la asumida por el embajador Henry Lane Wilson, era tan inadmi-

sible como la de aquél por su carácter intervencionista y que precisamente por eso al final no tuvo buen éxito. Es verdad que la investigación muestra claramente que Wilson no logró manejar los acontecimientos mexicanos tal y como él hubiera deseado, pero también es cierto que este trabajo puede llevar a concluir que el objetivo fundamental de Wilson sí se logró: alejar a Huerta del poder y permitir que su lugar fuera ocupado por aquellos elementos comprometidos con una política de reforma. Puede argumentarse que tal resultado fue obra fundamentalmente de fuerzas internas y no de las decisiones de Washington; tal argumento puede ser sostenido, pero de lo que no hay duda es de que la presión norteamericana facilitó el resultado.

El intervencionismo norteamericano en los procesos internos de México en esta época fue sistemático y ello queda ampliamente demostrado en la obra. Sin embargo, la ficción sobre la igualdad jurídica de los estados en que se apoya Berta Ulloa para atacar la política de Wilson, aunque útil en la formulación y desarrollo de las políticas oficiales de los estados pequeños frente a los poderosos, no es quizá el instrumento teórico más adecuado para explicar la política exterior norteamericana en el caso de México. desde un punto de vista histórico. Posiblemente la adopción, por parte de la autora, de un marco de referencia que hiciera a un lado ficciones legales y tomara en cuenta la existencia de una política de balance del poder a nivel mundial, así como la existencia de zonas de influencia reservadas a los actores principales de este sistema, compuestas por territorios coloniales y naciones legalmente soberanas pero imposibilitadas para hacer valer esa soberanía e impedir que los intereses de las grandes potencias a veces choquen entre sí, hubiera explicado mejor tanto la política de Taft como la de Wilson. Cualquier marco que adoptara ésta u otra variante de la teoría del imperialismo, hubiera llevado a concluir que las actitudes intervencionistas de Wilson no fueron una desviación de las reglas del juego que rigen las relaciones entre los estados sino, por el contrario, una instancia más de estas reglas que sólo en determinadas circunstancias se apegan a los lineamientos estipulados por el derecho internacional —derecho creado por las naciones desarrolladas de occidente para normar las relaciones entre ellas, pero no las de los centros hegemónicos con los países clientes. La intervención norteamericana en todas y cada una de las repúblicas del hemisferio ha sido constante desde

fines del siglo XIX. En épocas de revolución, cuando el *statu quo* es afectado, la interferencia ha sido aún más abierta. En lo que va del siglo no ha habido una sola situación revolucionaria o que amenazara con convertirse en tal, que no haya recibido una respuesta activa de parte de Estados Unidos. Así pues, no cabe duda que cualquiera que hubiese ocupado la presidencia norteamericana entre 1910 y 1914, cualquiera que hubiere sido su código ético, hubiera intervenido activamente en los procesos políticos internos de México. Lo peculiar de la intervención de Wilson fue quizá su percepción de un interés norteamericano en México a largo plazo —la necesidad de una revolución agraria para acabar con la intranquilidad política— que le llevó a enfrentarse con Huerta. Situación que no impidió que después de 1914, se mostrara menos dispuesto a aceptar las reformas propuestas por los revolucionarios.

Las consideraciones anteriores, aunque importantes en sí, en poco afectan la calidad y utilidad de la obra de Berta Ulloa, ya que el objetivo central de la autora no fue llegar a generalizaciones que trascendieran el caso particular de estudio, sino presentar en toda su complejidad el desarrollo de las relaciones entre el gobierno norteamericano y los principales actores de la lucha revolucionaria entre 1910 y 1914, objetivo que se logra plenamente; queda fundamentalmente en manos del lector dar una interpretación a esta relación. Cualquier estudio que de alguna manera trate el tema de la política exterior de México durante el período revolucionario —independientemente de su orientación—, deberá recurrir a la investigación de la señorita Ulloa como una de las fuentes de consulta más ricas de que se dispone sobre los orígenes de esta política; esto será más evidente cuando se publique la segunda parte del estudio, que habrá de abarcar el período comprendido entre la caída de Huerta y 1917.

Lorenzo MEYER
El Colegio de México